

LA FAMILIA DEL CORONEL WARNER

por

C. FRANKLIN MILLER

El amor del hombre hacia su familia toma, a veces, características extrañas, pero con referencia al horror puramente dicho, ninguna de las famosas tragedias de la historia igualan al afecto desviado, que forma base del incidente que voy a narrar.

Sucedió en el corazón de la vasta y deshabitada región situada en el Congo superior, a unas doscientas millas del más cercano puesto civilizado.

Como miembro de la expedición geográfica Denckla, pasé casi un año en el interior salvaje, coleccionando y recogiendo una gran cantidad de datos científicos para la Sociedad que representábamos. Aunque el trabajo era fascinador, noté que yo iba decayendo física y moralmente bajo el tormento de los rayos del sol africano.

Mi cuaderno de notas cita la fecha del 14 de junio de 1890, cuando salíamos de la isla infestada de pantanos y descansábamos los ojos en las umbrías del Congo dominador. El espectáculo fué saludado con alegría. Para nosotros significaba un viaje de sólo cinco días para llegar al confort y las comodidades hogareñas de los blancos.

Montamos las tiendas de campaña en un ángulo de tierra, formado por un diminuto riachuelo y la creciente expansión del río. El sol se había ya ocultado tras los altos árboles, cuando terminamos de acampar. La relativa frescura del atardecer convidaba al descanso.

Fatigado por las arduas tareas del día, saboreé tranquilamente una pipa y me dis-

puse a acostarme. Al entrar en mi tienda descubrí, con extrañeza, una larga heridura en la lona y hasta mis oídos llegó el rumor de pasos precipitados.

Sali por la abertura a tiempo de ver desaparecer una figura borrosa entre las malezas de la selva.

Mis investigaciones pusieron en claro que había desaparecido un rifle, varias cajas de cartuchos y dos libros científicos que llevábamos para consultar.

Aquella noche se montó una guardia en el campamento, pero el misterioso merodeador no volvió.

Estirado en mi hamaca, medité algún tiempo sobre el desconcertante suceso. Sabía que el robo había sido cometido por un blanco. La forma cómo se zambulló en la maleza de la selva no fué la de un nativo. Ello era un enigma, pues los blancos que penetran en los lugares salvajes del mundo, son hombres de acción, que tienen una finalidad y no les queda tiempo para cometer raterías.

Mas la naturaleza del robo era tan extraordinaria como la raza del hombre. Al parecer, éste no buscó provisiones. ¿Por qué se llevó aquellos libros? No acerté a formular una respuesta satisfactoria y me quedé dormido con esta pregunta zumbando monótonamente en mi cerebro.

Cerca de las dos de la tarde del tercer día de nuestra estada en aquella localidad, me encontraba cazando a alguna distancia de la isla. Había decidido volver sobre mis pasos hacia el campamento, cuando me detuve boquiabierto.